

LA PALOMITA BLANCA

Cuento de pentecostés 1º, 2º, 3º

Pues señor, éste era un príncipe que cazando un día llegó cansado a orillas de un arroyo y se puso a calmar la sed que tenía. Bebió, y ya iba a montar de nuevo en su caballo cuando vio cerca de él una joven hermosa que le miraba sonriendo. Enamorado de ella desde el mismo instante que la vio, le confesó su amor y se despidió muy rendido. Al otro día volvió y lo mismo hizo al siguiente, y al otro y al otro, hasta que un día no pudiendo aguardar más tiempo, fue allí con un ermitaño, que los casó. Pero el príncipe no podía casarse sin el consentimiento de su padre. No atreviéndose a confesarle lo que había hecho, decidió tener oculto su casamiento hasta que fuera rey o encontrase una ocasión de poderlo declarar en voz alta ante todo el mundo. Por lo tanto, convino con la niña en que ella seguiría viviendo en el campo como vivía, a orillas del arroyo y en el hueco de un árbol, viniendo él todos los días a verla. Así lo hicieron, y no había pasado un año todavía cuando la joven tuvo un niño lindísimo, como que se parecía todo a ella, con sus ojos azules y sus cabellitos rubios. Cada vez eran mayores los deseos que el príncipe tenía de llevar a la corte a su mujer y a su hijo, pero no se atrevía y seguía esperando una ocasión propicia para hacerlo.

Sucedió en esto que al rey aquél le declaró la guerra otro rey vecino, y envió contra él un ejército al mando del príncipe, que con mucha pena se despidió de su esposa jurándola que a la vuelta de la guerra la llevaría al palacio y la presentaría a su padre y a toda la corte como su legítima mujer. Muy triste se quedó la niña sin su marido y se pasaba las horas cuidando a su hijito.

Desde el hueco del árbol la joven veía su cara retratada en el agua del arroyo, y un día, cuando se estaba mirando y pensando en lo feliz que iba a ser, se presentó una mujer vieja y fea que traía una vasija para llenarla de agua. Cuando la mujer se agachó sobre el arroyo vio reflejada la cara de la niña y creyendo que era la suya, al verse tan hermosa, dijo:

-"Yo, tan bonita y cargando una vasija. ¡Que se rompa!"

Y dicho y hecho; tiró la vasija contra una roca y se hizo cien mil pedazos.

La niña no pudo contener la risa y la anciana la descubrió en el hueco del árbol, quedando llena de envidia ante su belleza.

Desde entonces todas las mañanas iba la mujer al arroyo con su vasija. Un día en que la niña tenía los cabellos revueltos por habérselos despeinado su hijo jugando, la mujer se ofreció a peinárselos. La niña no quería porque le causaban repugnancia las manos tan sucias de aquella mujer, pero ésta tanto insistió que al fin y al cabo la mujer del príncipe no tuvo más remedio que acceder.

Mientras la peinaba, iba la niña contando su historia y cada vez la vieja sentía más envidia, hasta que, en un descuido, le clavó un alfiler en la cabeza. En el mismo instante la niña se convirtió en una palomita blanca que agitó las alas y se perdió en el cielo volando, volando tan alto que ni las mismas nubes podían seguir su vuelo. La vieja entonces cogió al niño y ocupó el lugar de la joven en el hueco del árbol.

Poco tiempo había pasado de esto cuando un día volvió el príncipe, que había vencido a sus enemigos, y ya era rey porque había muerto su padre. Venía a recoger a su mujer y a su hijo y cuál no sería su sorpresa cuando, en vez de la hermosa niña rubia que había dejado, encontró una anciana muy morena. Por más que quería disimular el disgusto y contenerse, no pudo menos de preguntarle cómo había perdido los bellos colores que antes tenía.

*-“El sol y la serena
vuelven a la gente morena”.*

le contestó la mujer, procurando imitar la voz de la niña. Como estaba allí el hijo y el príncipe le quería mucho, no vaciló y se llevó a la corte a la vieja, que fue declarada reina y el niño fue reconocido como príncipe.

A los pocos días una palomita blanca vino volando hacia los jardines del palacio, y posándose en una rama de un árbol que estaba lleno de flores, preguntó al jardinero:

-“Jardinero del rey, ¿cómo le va al rey con la reina?”

-“Bien, palomita.

-“Y el niño, ¿canta o llora?”

-“Unas veces canta y otras veces llora.

-“¡Y yo, triste de mí, por estos campos sola!” -decía la palomita y se marchaba volando.

Todos los días sucedía lo mismo, y tanto le llegó a extrañar al jardinero, que una tarde que el rey se paseaba solo por los jardines del palacio se acercó a él y le dijo lo que pasaba. El rey, muy sorprendido, le dijo que al día siguiente cogiese a la palomita, ya que era tan mansa, y se la llevase porque la quería ver.

Almorzando estaba el rey con la reina y el príncipe, que ya tenía más de dos años, cuando entró el jardinero en el comedor llevando en sus manos la palomita blanca. Apenas la vio la reina empezó a refunfuñar, pero el rey no le hizo caso y cogiendo a la palomita la colocó sobre la mesa. Entonces ésta tomó un grano de arroz del plato del rey, y otro del plato del príncipe, y volviéndose de espaldas al plato de la reina, hizo en él lo que no se puede decir. La reina se puso muy furiosa y empezó a dar voces a sus criados para que matasen a la palomita; pero el rey la cogió en sus manos y empezó a acariciarla, pasándole suavemente la mano por la cabeza. De pronto exclamó sobresaltado:

-“Pobre animalito; tiene clavado un alfiler en la cabeza. Voy a sacárselo”.

Mucho hizo la reina para disuadir al rey de su propósito, pero éste tiró del alfiler y en el mismo instante se convirtió la palomita en la hermosa joven del arroyo. A sus pies se arrodilló el rey diciendo:

-“Tú eres mi mujer, tú eres la única a quien yo amo”. Y se descubrió todo.

La joven contó a su esposo lo que le había acontecido, y en vista de ello la bruja fue castigada por orden del rey en la plaza pública como hechicera. El pueblo hizo grandes fiestas en honor de la nueva reina y todo el mundo se hacía eco de su gran hermosura y de la bondad de su corazón.

Aportación de Rafael Reyes